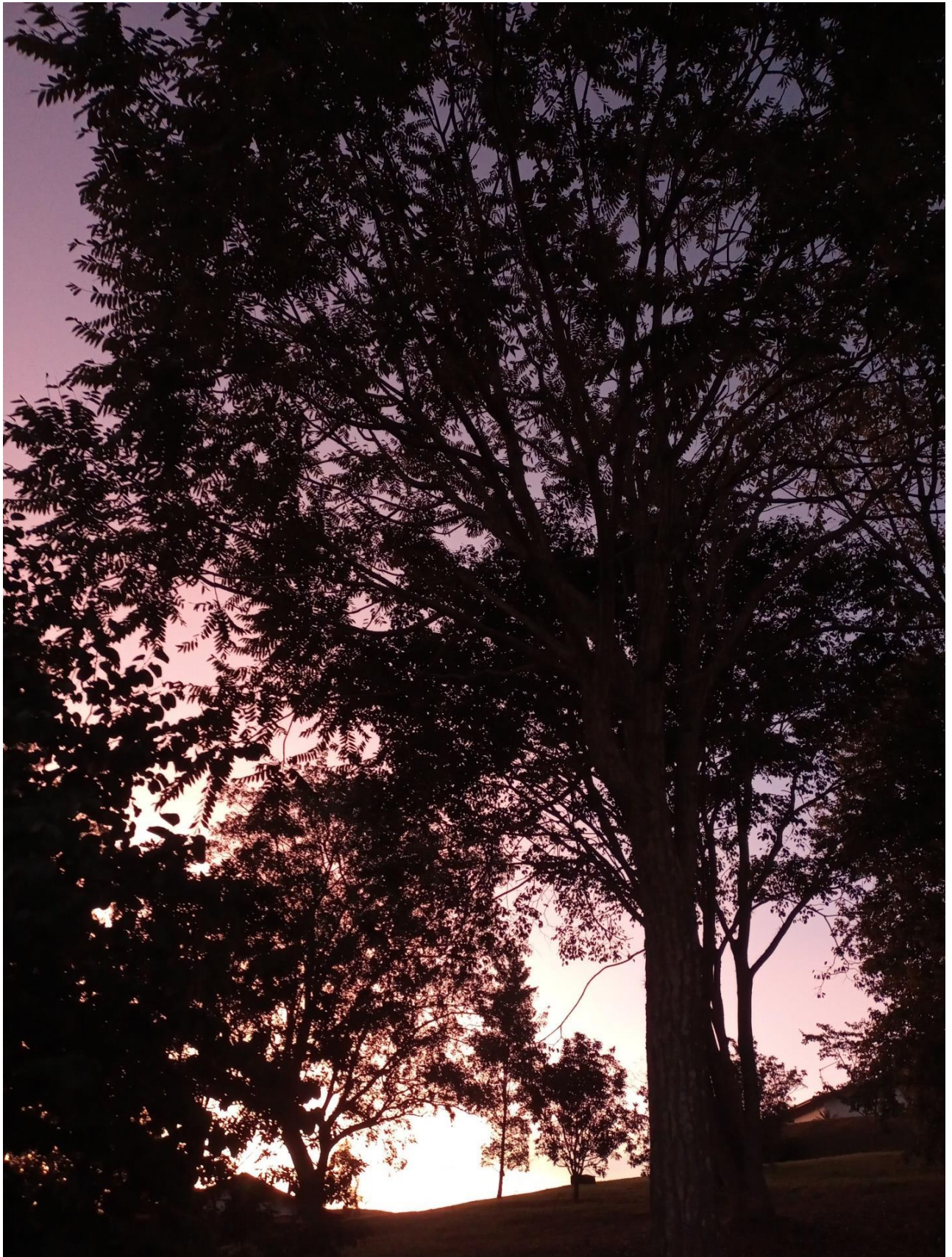


RAMÓN PASCUAL MUÑOZ SOLER

**PROBLEMAS ANÍMICOS ACTUALES
A TRAVÉS DE UN ENFOQUE PSICOLÓGICO-
ESPIRITUAL**

Conferencia dictada en A.D.C.E.A Año 1958



PRIMERA CONFERENCIA

13 de junio, 1958

LA ANGUSTIA EXISTENCIAL DEL HOMBRE DE NUESTRO TIEMPO HACIA LA BÚSQUEDA DE UN SENTIDO DE VIDA

ANGUSTIA: TEMA DE NUESTRO TIEMPO

Caracteriza al hombre de nuestro tiempo un tipo especial de vivencia que se ha dado en llamar angustia existencial. Muchos viven esta angustia sin poder explicarla, otros especulan acerca de ella, pero unos y otros se encuentran desorientados e impotentes para hallar una verdadera solución y la paz anhelada.

Se habla de esta angustia en los libros, en el cine, en las conversaciones de la gente: en una palabra, es tema de nuestro tiempo, vivencia y sentimiento de nuestro tiempo.

Hay un clamor oculto en las almas angustiadas en busca de un sentido de la vida, de un encuentro consigo mismas. Cansadas de andar por los caminos inciertos, las almas piden hoy un “pan de vida”. Y así se ven muchísimos seres que van de un camino a otro, de un maestro a otro, de un libro a otro, de una institución a otra en busca de algo íntimo, sin hallar mas que decepciones y desconciertos.

Muchos buscan en las religiones, en las filosofías, en las experiencias sociales o culturales. No negamos el valor de las experiencias que se pueden recoger por esos caminos, pero la realidad es que “todo aquel que bebe de esas aguas vuelve a tener sed”.

Llega un momento en la evolución del alma en que ésta se hace conciente de que ninguna institución de la cultura humana puede colmar sus ansias íntimas. El alma tiene derechos que le son propios: el derecho a poseer la *verdad*, el derecho a

tener un contacto con la *vida verdadera*, el derecho a la permanencia, a la liberación y si carece de todas estas cosas que son un “pan vivo” sufre angustia por falta de alimento espiritual.

¿Cómo se manifiesta la angustia ante la comprensión racional?

Trataremos de comprender algunas formas en que se manifiesta esta angustia existencial haciendo la salvedad de que dicha comprensión no significa penetra en su raíz íntima.

1. Dificultad para encontrar el sentido de la vida

La razón, cuya finalidad es comprender, captar el ser de las cosas se detiene angustiada cuando no puede comprender el sentido de la propia vida del hombre.

2. Conciencia de convivir con moldes culturales viejos

Muchos seres tienen conciencia de que están viviendo en moldes culturales viejos (raza, familia, religión, leyes sociales) que se respetan por temor o por deber pero que son inadecuados para satisfacer las inquietudes espirituales íntimas.

Pero no hay que pensar que se trata de un problema exclusivamente social y que cambiando el marco social todo se soluciona. El hombre no puede reducirse a una fórmula social porque no hay sociedad en el mundo, por perfecta que sea, que pueda colmar las aspiraciones más profundas del alma que son de un orden suprasocial.

3. Conciencia de vivir en moldes ajenos

Muchos seres conviven en el marco de la familia, del colegio, de la oficina, del negocio, de la profesión, etc., pero cuando al cabo de los años se detienen para mirar se dan cuenta de que han vivido un molde ajeno y no el propio. Se pueden haber sacado experiencias valiosas en el trabajo, en la profesión, en el estudio, pero

mientras el alma no haga la experiencia dentro del molde que le sea propio tendrá la angustia de una falta de contacto o reencuentro consigo mismo.

4. Conciencia de las contradicciones

El reconocimiento de la existencia de contradicciones dentro de sí mismo que no se pueden aceptar como fines de por sí ni tampoco superar, es una de las fuentes de angustia del hombre racional. ¿Cómo armonizar el bien y el mal? ¿las tendencias instintivas y las aspiraciones espirituales? El alma se debate muchas veces entre tales aspectos opuestos sin encontrar el justo punto de conciliación.

5. Angustia frente a la multiplicidad

Frente a tantas ideas diversas, a filosofías opuestas, a religiones contradictorias, muchas almas se desorientan y confunden. ¿No habrá alguna llave o puente de paso entre unas y otras?

¿No será posible encontrar la unidad en medio de la multiplicidad?

6. Crisis de comunicación interpersonal

Es el sentimiento de encontrarse solo en las grandes multitudes; de no poder encontrar un verdadero lazo de comunidad con los demás.

Compresión genética de la angustia existencial

Habiendo hecho una descripción fenoménica de la angustia, intentamos comprender ahora su génesis.

Pienso que su origen es, sobre todo interno, una crisis de desenvolvimiento que se revela al día de hoy por la profunda crisis de la sociedad y de la cultura.

Toda la llamada cultura humanística actual no puede dar nada para realizar las aspiraciones de “ser plenamente hombre” y es impotente para dar soluciones vitales:

da verdades de conocimiento pero no verdades de salvación.

Es verdad que la filosofía moderna ha progresado en la especulación de la problemática existencial pero no ofrece un camino vivo de realización integral para superar la angustia.

Lo mismo ocurre con la psicología, que ha develado los “mecanismos” profundos del alma pero es impotente para ayudar a los hombres a encontrar el sentido de la vida.

Más aún, la vida tal como hoy la vivimos no responde a la verdadera calidad vital que muchos hombres quisieron realizar sobre la tierra. Lo que llamamos vida, es una “vida-para-la muerte”; nuestra vida es una vida que va hacia la entropía, es decir, que a medida que se desenvuelve no la podemos recuperar: se nos escapa de las manos...

En resumen, ¿qué le hace falta al hombre de nuestro tiempo?

Lo que hace falta es un contacto de la vida con un germen espiritual supravital que es lo único que puede dar a la vida un valor permanente, que le permita renovarse a sí misma en forma creadora sin agotarse.

Lo que muchas almas anhelan hoy en día es un contacto con una *verdad viva*: no un contacto intelectual con verdades que se hagan accesibles a la razón, ni una adhesión sentimental a una doctrina o a un dogma sino una verdad que se haga vida, carne y sangre.

Este clamor es propio de las épocas llamadas mesiánicas. Y en el momento actual muchos seres presienten el advenimiento de una nueva Divina Encarnación, no tanto como hecho histórico exterior sino como realidad de una fuerza espiritual que nace dentro de sí mismo, que encarna y vive en el propio ser.

En resumen, lo que le hace falta al hombre actual no es una nueva sociedad,

una nueva verdad, una nueva cultura, ni un nuevo Mesías, mientras todas esas cosas sean externas a sí mismo; lo que importa es realizar primero el valor de *Ser- Hombre* porque solamente desde esta nueva posición se puede pensar en términos de una nueva sociedad o de una nueva cultura.

La mitología griega ha conservado en forma simbólica el gran problema humano de la pérdida y de la recuperación de la vida en el relato de Teseo dentro del Laberinto de Creta.

Según este mito, todos los años eran sacrificados al Minotauro –monstruo que habitaba en el interior del laberinto- cien jóvenes atenienses. Nadie podía liberar a la ciudad de tal tributo pues los que penetraban en el laberinto con la intención de matar al monstruo se perderían en él sin hallar la salida, hasta que Teseo, valiéndose de la ingeniosidad de Ariadna, quien le dio un hilo que le marcaba el camino de retorno, consiguió matar al Minotauro.

La vida actual es un gran abismo colectivo, que como el monstruo de Creta devora todos los días lo mejor de la vida humana sin que los seres que caen allí tengan la más mínima posibilidad de retorno. Es el tributo que los hombres pagan a la familia, al empleo, a la religión, a los sentimientos, al deseo, a la multiplicidad de las ideas; cuando el ser despierta y quiere volver a ser él mismo se encuentra atrapado, deshumanizado, perdido en el camino de la multiplicidad.

El dilema del hombre actual es entregarse a la vida y no poder recuperarla.

Para ello hace falta un esfuerzo heroico y un nuevo *hilo de Ariadna* que nos señale el camino de retorno, la vuelta hacia nosotros mismos.

SEGUNDA CONFERENCIA

27 de Junio, 1958

SOLEDAD DEL HOMBRE EN LA COMUNIDAD SOCIAL EL HOMBRE SOLO EN LAS GRANDES MULTITUDES

LA SOLEDAD COMO PROBLEMA

Así como el hombre actual está perdido mentalmente entre la multiplicidad de las ideas y le cuesta mucho trabajo encontrar la idea única, también está perdido en el orden del sentimiento. En medio de las cosas que lo rodean, del universo en que se encuentra y, sobre todo, en relación a los demás seres, el hombre de nuestro tiempo experimenta una profunda soledad. ¡Cuántas veces escuchamos decir: “me siento solo”, “tengo pocos amigos”, “he ido perdiendo mis amistades”, “estoy solo en mi propia familia”, “estoy solo en medio de una gran multitud”, “solo entre mis amigos” o “solo conmigo mismo”!

¿Qué misterio es éste? ¿Qué dificultades tiene el hombre de nuestros días, que por otra parte ha logrado una socialización bastante avanzada, para sentirse unido con los demás seres que lo rodean? Cómo puede ser que el hombre que se codea diariamente en las calles de las grandes ciudades con tantos semejantes y que convive socialmente en diversas instituciones o aspectos de la vida, pueda sentirse solo?

La agrupación de hombres no resuelve el problema de la comunión

En primer lugar debemos reconocer que el “contacto con otro” o la “proximidad con otro” no es una condición suficiente para lograr una verdadera comunión. No basta que los hombres se reúnan en clubes, mutualidades, escuelas y demás agrupaciones culturales, sindicatos etc., congregados por ciertos ideales

afines, para sentirse realmente unidos. La prueba está en que desde la pequeña sociedad familiar hasta las grandes instituciones sociales, es frecuente la disensión y la lucha de unos con otros.

Ricardo Güiraldes expresa en forma muy elocuente esta dificultad de comunicación entre las almas a pesar de la proximidad:

“El hombre me ha dado la mano”

“La mujer su boca y su sexo”

“Aún no sabemos cambiar almas...”.

Es que una cosa es la coexistencia natural entre los seres, un “estar con los demás como se está con las cosas”, y otra cosa muy distinta es la comunidad real, fruto del amor verdadero entre los hombres.

Necesidad vital de la comunión

La comunión de las almas no es solamente una necesidad accidental sino substancial, vital. El hombre necesita fundamentalmente sentirse unido a los demás y cuando este sentimiento de unión no existe, el alma padece.

Por extraña paradoja, a pesar de esta necesidad vital, la condición humana presenta obstáculos a la verdadera comunión. ¿Por qué? Porque el hombre aún no es del todo hombre, aún no sabe amar... por lo menos una buena mayoría. Trata a los demás como trata a las cosas y, en mayor o menor grado, apropiarse de él. Cuando esto ocurre, y a través de la posesión de un ser por otro se niega la libertad individual del alma, se provocan sufrimientos íntimos que al final de cuentas quiebran el sentimiento de comunidad que se quiso lograr.

El sentimiento de comunidad es una realidad supra-social

Podríamos pensar que, tal vez, todas estas dificultades fueran exclusivamente de orden sociológico y que no existirían en un nuevo tipo de sociedad.

Muchos filósofos contemporáneos, entre ellos Jaspers, han reconocido que todas las organizaciones sociales se hallan hoy bajo el signo de la lucha y los seres tienen dificultades de convivencia en todas partes y en todos los sistemas sociales. No se trata de cambiar los marcos de la sociedad sino de desarrollar en el hombre una nueva forma de amor, no posesiva, inspirada en la renuncia. Solamente el hombre que sepa amar encontrará en cualquier sistema social el vínculo que lo una con los demás.

Desde la “República” de Platón hasta nuestros días, los sociólogos han hecho diversos ensayos de lo que podría ser una sociedad perfecta pero resulta difícil plasmar tales “utopías” sobre la tierra mientras el hombre no sea realmente hombre y capaz de sentirse unido a los demás por un amor compartido.

La angustia de soledad

Una vez reconocida la realidad de esa soledad del hombre dentro de la comunidad en que vive, debemos preguntarnos qué actitud tomar ante ella.

¿Hay alguna posibilidad de hacer vibrar esa nueva cuerda íntima del sentimiento que nos permita lograr el sentimiento de unión con el cuerpo de la humanidad?

Hay distintos caminos o actitudes que se aconsejan para enfrentar la soledad: hay quienes dicen que a la soledad hay que resistirla por un esfuerzo de voluntad. Pero este voluntarismo intelectualista si bien satisface el ansia de poderío deja un tremendo vacío en el corazón y no le otorga al hombre capacidad de amar.

O bien se escapa de la soledad y cada uno escapa según los medios de que

dispone. Algunos se refugian en el pasado y otros se complacen en las posibilidades del futuro; otros se pierden en la charla inútil, en las distracciones, en el alcohol, en el sexo..., pero hay otros escapes aún más sutiles y que no están al alcance de todo el mundo, tales como viajes frecuentes, reuniones elegantes, negocios desmedidos o acumulo insaciable de conocimientos o sensaciones refinadas...

La finalidad es estar siempre ocupado y tendiendo hacia una meta que se desplaza constantemente. Cuando logran algo, enseguida desplazan la meta varios años hacia delante y hasta límites más allá del término lógico de vida, pero la cosa es “vivir de lejanías” como dirían los filósofos existencialistas que es una forma muy “existencialista” de eludir el presente y de no hacerse cargo, en un momento determinado, de la totalidad de la vida.

Pero, en el fondo, esta actitud es natural en el hombre pues se tiene temor a la soledad íntima. Apenas el alma toma contacto con ese centro negativo que es la soledad, se vuelca a nuevas acciones positivas ante el presentimiento de que la soledad pueda ser aniquiladora.

El hombre no está acostumbrado a estos aspectos negativos que constituyen la contraparte de su vida activa y, sin embargo, el resistir la soledad es el primer paso para lograr una verdadera trascendencia en el orden del sentimiento: de la soledad se pasa entonces a la comunión.

Para dar este paso, este salto trascendente, hace falta algo más que una voluntad firme, hace falta una *mística*.

La mística es un sentimiento que permite al hombre, reconociendo su propia flaqueza, abrirse en actitud de reverencia en el centro oscuro y trascendente de su mundo interior. El ser, en su soledad, se entrega a la divinidad que mora en él y se establece entre el corazón del hombre y Dios un lazo de comunión que rompe la soledad y trasciende.

Cuando se ha despertado este nuevo sentimiento, íntimo, el hombre ya no está solo y su relación con los demás se hace profunda y verdadera.

Pero hay que darse cuenta claramente que para tener un real contacto con el cuerpo de la humanidad el hombre tiene que tener primero un contacto con las fuentes primarias de la vida que hay en su interior.

Lo que hace falta al día de hoy es poder penetrar en el misterio íntimo del corazón y ser impregnado de una fuerza de sentimiento genuino y quien posea esta fuerza de amor podrá convivir en cualquier tipo de comunidad.

El hombre de nuestro tiempo necesita una nueva mística para poder adquirir la verdadera jerarquía de hombre que supone su unión con el cuerpo total de la humanidad.

Es inútil andar dando vueltas en los pequeños círculos de la familia, de la nacionalidad, de la raza, de la religión, desangrándose en luchas interminables por el predominio... Hace falta engrandecer nuestro corazón a través de un contacto real con la divinidad para encontrar así la *palabra perdida* que nos permita comunicarnos con todos los seres sin excepción de razas o creencia y seamos capaces de girar en el gran círculo de la humanidad.

TERCERA CONFERENCIA

11 de julio, 1958

LA PROBLEMÁTICA SEXUAL EN EL MOMENTO ACTUAL REPRESIÓN Y CASTIDAD

Diversidad de criterios frente a la sexualidad

A pesar de que los problemas vinculados al sexo han sido muy bien estudiados al día de hoy, sobre todo a partir de los trabajos de Freud y su escuela, la sexualidad constituye todavía una preocupación para muchas personas que no saben ubicarse bien frente a ella.

Es frecuente comprobar, tanto en doctos como en profanos, las opiniones más contradictorias referentes al sexo. La divulgación de estas cuestiones, en lugar de aclarar más las cosas, las confunde a menudo.

Hay doctrinas que consideran a la sexualidad como una función destinada exclusivamente a la reproducción. El sexo, según esta concepción, está al servicio de la especie, y todo otro aspecto distinto a éste, como el placer, entra en el orden del vicio o del pecado.

Como veremos más adelante, este criterio ha traído en la práctica algunas ventajas y muchos inconvenientes.

Frente a la concepción idealista que acabamos de considerar, se levantan los sistemas que llamaríamos naturalistas, según los cuales el sexo es una de las tantas necesidades del organismo y debe ser tratado como los demás aspectos instintivos; es decir, que todo tipo de restricción sería antinatural.

Según este tipo de concepción naturalista el sexo tendría, además de su función reproductora, una función placentera.

En la práctica, y dentro de la problemática existencial del hombre, ambas concepciones, idealista y naturalista, se nos presentan como actitudes extremas que no contemplan la totalidad de las exigencias instintivas y espirituales.

Aportes de la Psicología Médica

Tenemos que reconocer que los aportes más importantes de la ciencia en lo referente al sexo proceden de la escuela psicoanalítica.

De acuerdo a sus concepciones, el sexo es una energía de características particulares cuyas fuentes de origen están en el propio organismo.

Esta energía sexual, sumamente poderosa, no solamente puede canalizarse a través de los órganos genitales, sino que también puede expresarse a través de otros canales somáticos.

Un segundo aspecto muy importante, que debemos retener, es el de “constitución sexual”, es decir, la característica o fórmula sexual propia que cada individuo trae al nacer. Dice Freud: “Todo individuo trae al nacer la semilla de emociones sexuales que luego se desenvuelven”.

La potencia y la calidad sexuales son muy distintas de un individuo a otro, de ahí que no sea posible establecer leyes o normas generales en lo que se refiere a la problemática del sexo.

Un tercer concepto que nos ha dado la ciencia es el de “desarrollo sexual”, es decir, que la sexualidad no es una energía que se despierta de golpe en la pubertad sino que se desenvuelve en el tiempo, pasando por una serie de etapas o niveles bien conocidos hasta llegar a lo que se conoce como sexualidad adulta normal.

La sexualidad infantil, o sea la sexualidad primaria, inconciente, está regida por el principio del placer: este principio es la ley natural de la sexualidad inconciente. No hay aquí limitaciones éticas de ninguna clase y los objetos sexuales son generalmente incestuosos.

Si la sexualidad quedara fijada en este nivel, el hombre no podría convivir en un orden social civilizado, para ello se requiere la posibilidad de postergar la satisfacción instintiva y de renunciar a los objetos infantiles del deseo.

Si tal desplazamiento evolutivo de la libido no se produce, ocurren gravísimos trastornos en el desarrollo de la personalidad: la fantasía se impone a la realidad, los sueños a los hechos y la neurosis se instala como sustituto de una vida plena y feliz.

Nadie puede fijarse impunemente a una etapa del desarrollo sexual; el sexo, en el hombre normal, debe pasar del principio del placer al principio de la realidad, es decir, a lo que llamaríamos una socialización del sexo.

Tal vez comprenderemos, desde este punto de vista, la severidad de las leyes de todos los tiempos referentes al incesto para impedir que el hombre quedara fijado en una etapa de subdesarrollo.

Diversos factores, endógenos y ambientales, pueden impedir que la sexualidad infantil llegue a la etapa adulta.

En un trabajo de Freud aparecido en el año 1930, “El malestar en la cultura”, señala que los conflictos que el hombre civilizado sufre a causa de su sexo, derivan exclusivamente de una cultura represiva que deforma la instintividad natural desde los primeros años de la vida.

Los trabajos de investigación psicológica realizados en culturas primitivas, como los de Margaret Mead en Samoa, parecen confirmar estos puntos de vista pues se observa que en los pueblos donde no hay represión no se produce en los jóvenes la llamada “crisis de pubertad” que se considera como artificio de la civilización moderna.

Represión y liberación sexual

Si la represión sexual origina una patología bien conocida; si es causa de buena parte de la nerviosidad del hombre moderno; si en las culturas no-represivas el hombre parece ser más feliz, no es difícil anticipar cuál podría ser la solución más inmediata a la problemática sexual: la libertad sexual, el amor libre...

Nosotros conocemos la experiencia social realizada en siglos pasados de una cultura represiva en el orden sexual y sus consecuencias. Pero también conocemos hoy la experiencia que nos brinda una cultura no-represiva en donde la angustia y la nerviosidad del hombre no han disminuido a pesar de la mayor liberalidad sexual.

La sublimación

A pesar de haber destacado Freud la importancia del principio del placer y del goce sexual directo, él mismo ha señalado la trascendencia que en el hombre tiene lo que podríamos llamar “derivaciones culturales del instinto”, o “desviaciones de la libido hacia fines más elevados”: sublimación. Dice Freud:

“Precisamente los componentes del instinto sexual se caracterizan por esta capacidad de sublimación, de cambiar su fin sexual por otro más lejano y de un mayor valor social. A las aportaciones de energías conseguidas de este modo para nuestras funciones anímicas, debemos probablemente los más altos éxitos civilizadores”.¹

¹ Freud, S. T. II. Página 200

Los tres fines sexuales

Aparte de las funciones reproductora y placentera, debemos reconocer, entonces, en la sexualidad una función evolutiva que está al servicio del desarrollo superior del hombre, no solamente para alcanzar una etapa de socialización sino también de espiritualidad.

La renuncia aparece como ley general de la evolución sexual

Hemos visto que para la conquista del actual estado evolutivo ha sido necesaria la renuncia (inconciente) a los deseos más animalizantes. Pero cabe ahora la pregunta: ¿es posible continuar la evolución por una renuncia consciente de la sexualidad placentera que conocemos como sexualidad adulta?

Freud decía lo siguiente:

“La plasticidad de los componentes sexuales, que se manifiesta en su capacidad de sublimación, puede constituir una gran tentación de perseguir, por medio de una sublimación progresiva, efectos civilizadores cada vez más grandes”.²

El conflicto auténticamente humano en el orden sexual

El hombre –a diferencia fundamental con el animal- no puede eludir, ante la consumación de sus deseos sexuales naturales, la mirada de su conciencia, que le exige, según el grado de evolución alcanzado, un cierto grado de sublimación instintiva.

En otras palabras, el conflicto auténticamente humano en lo tocante a lo sexual, es el sentimiento íntimo entre lo sagrado y lo profano, entre la presión de los

² Freud, S. T. II. Página 201

deseos naturales y una exigencia íntima, más o menos acentuada, de pureza. Esta pureza es algo intrínseco del hombre y no puede explicarse simplemente por las exigencias de las costumbres; si los negros de Samoa no la sienten es porque no han alcanzado el desarrollo espiritual suficiente como para sentirla.

Cada hombre debe afrontar con valentía y responsabilidad la dualidad de sentimiento que surgen en él para encontrar, no una solución general, sino íntima que esté de acuerdo a sus necesidades naturales y a la ética más elevada.

Pureza y castidad

Todo individuo normal, cuando ha logrado cierto desarrollo anímico, tiene ciertas exigencias de pureza íntima y de castidad. Muchos jóvenes sienten la necesidad de ser castos pero como la castidad se encuentra desvalorizada en el medio ambiente social creen que son inadaptados o neuróticos y al querer ponerse a nivel de la mayoría no hacen sino sufrir más.

Pero el logro de la castidad no puede realizarse simplemente por una técnica, sino que es necesario para ello un amor superior. San Agustín decía: “Nadie puede ser puro si Dios no le da la gracia necesaria”.

Actitudes fundamentales frente al sexo

Resumiendo todo lo dicho hasta ahora, podemos señalar que hay tres actitudes fundamentales en el enfoque teórico y práctico de la sexualidad.

1. Concepción idealista: considera al cuerpo como un obstáculo al desenvolvimiento espiritual y concede al instinto sexual solamente como función reproductora.
2. Concepción naturalista: para ella el sexo es una de las tantas necesidades del organismo; cumple una función reproductora y placentera; desde este punto de vista no se justifica ninguna restricción sexual.

3. Concepción integralista: aparte de las funciones reproductora y placentera acepta una tercera función evolutiva, según la cual la energía del sexo entra al servicio del desarrollo espiritual del hombre. Se sintetiza en una expresión de Gandhi: “Todo individuo que anhela un cierto desenvolvimiento espiritual debe restringir sus energías instintivas para penetrar en el reino espiritual”.

Pero esta restricción, inspirada por un sentimiento íntimo de pureza, no tiene nada que ver con la represión del sexo fundada en el temor; es más bien una ofrenda voluntaria que el hombre realiza a la divinidad que lleva en sí mismo para lograr su verdadera condición de hombre.

CUARTA CONFERENCIA

18 de julio, 1958

CAÍDA O ELEVACIÓN: ALTERNATIVA EXISTENCIAL LA CAÍDA EN UN PLANO DE SUBHUMANIDAD

COMO PROBLEMA EXISTENCIAL DE NUESTRO TIEMPO

Aunque no tan familiar como los temas que hemos tratado anteriormente, el problema de la “caída” tiene una importancia extraordinaria, sobre todo en el momento actual, y puede enfocarse su estudio desde distintos puntos de vista.

Dice la Biblia, hablando del hombre:

“Y sacólo Jehová del huerto de Edén, para que labrase la tierra de que fue tomado. Echó, pues, fuera al hombre, y puso al Oriente del huerto de Edén, querubines y una espada encendida que se revolvía a todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida”³.

A pesar de todos los descubrimientos de la ciencia moderna y de las especulaciones de la mente racional, el contenido simbólico de este pasaje permanece como un enigma ante los ojos de los hombres.

El tema de la caída también ha sido preservado por la tradición primitiva, es decir, por esa gran fuente donde se conservan, en forma de símbolos y leyendas, los grandes misterios de la vida.

³ Génesis. 3: 23-24

Así, tenemos en la mitología griega el Mito de Prometeo que es un Titán que roba el fuego del carro de Apolo y es precipitado a tierra, encadenado y sus entrañas devoradas por un buitre.

Platón, que conservó en sus escritos parte de la sabiduría antigua, relata lo siguiente:

“Las almas humanas, antes de vivir en este mundo y de alojarse cada una de ellas en un cuerpo de hombre vivían en un lugar celeste, *Topos Ouranos*, en perpetua contemplación de las ideas, sin esfuerzo alguno. Estas almas, al venir a la vida olvidan las ideas pero como han estado antes en el *topos ouranos*, bastarán algunas preguntas bien dirigidas para que recuerden”.

Las religiones orientales, por su parte, refieren el nacimiento como una caída del alma al plano de manifestación de la vida concreta y, en algunos casos, aún dicha caída se hace más profunda cuando el alma encarna en el cuerpo de algún animal (metempsicosis).

Para las concepciones materialistas del hombre, esta caída a que se refieren los textos sagrados, la tradición y la mitología, no tiene sentido y no deja de ser más que un relato ingenuo. Efectivamente, si el hombre es concebido como el resultado de fuerzas naturales fisicoquímicas, no tiene sentido hablar de caída: ¿dónde habría caído?

En realidad cuando los antiguos mitos hablan de caída se refieren a una condición humana casi desconocida al día de hoy: el hombre -en relación-a-Dios.

Lo que hoy llamamos hombre o humanidad es un aspecto desintegrado de esa unidad, un aspecto parcial que ha perdido contacto con su fuente de origen; en este sentido podemos hablar del hombre como un ser-caído.

¿Por qué ha perdido el hombre contacto con su fuente divina de origen? Este es un problema que la razón humana, por sí sola, es impotente para resolver, como no sea iluminada por la Revelación.

Pero como la Revelación no tiene poder demostrativo para los demás, nosotros no nos apoyaremos en ella en la consideración del tema de la caída, sino que intentaremos acercarnos a él desde otros puntos de vista.

Partiendo de nuestra propia existencia y a través de la angustia de vivir separados de la totalidad, podemos realizar el sentimiento de que nuestra vida individual está desvinculada de universo, del cuerpo de la humanidad y aún de nosotros mismos, es decir, de la raíz esencial y divina que se presiente en lo más íntimo del corazón.

A través de una intuición emocional de este tipo los filósofos existencialistas modernos han llegado a formular nuevamente el eterno tema de la caída aunque en términos más racionales de los que conocíamos en los textos sagrados o en la tradición primitiva.

Partiendo de la existencia no pueden ellos menos que considerar diversas categorías de existencia, unas más elevadas que otras y admiten la posibilidad tanto de que el hombre trascienda de una inferior a otra superior como de que se fije en una forma de existencia degradada.

Por ejemplo, Kierkegaard habla de esferas de existencia (estética, ética y religiosa): la estética puede a través del “salto existencial”, pasar a la esfera ética o a la esfera religiosa y a su vez, por pérdida de la conciencia y responsabilidad, puede descender desde una esfera superior a otra inferior.

Por su parte Heidegger habla de una existencia inauténtica y otra auténtica. La vida inauténtica (esfuerzo para perderse), queda reducida a la condición de cosa, es una existencia hecha de abdicaciones; es huir de sí mismo, rehusar a conocerse y asumir su propia condición de hombre; en lugar de un yo es un “se”; se identifica a su posición social y el poder anónimo de la masa le dicta su conducta.

Al caer de una esfera de vida auténtica a la inauténtica se degrada la vida misma, como si el hombre perdiera su verdadera condición de hombre y cayera en un plano de subhumanidad.

Los psicólogos modernos también se han ocupado de la caída del hombre: hablan del inconciente como de un abismo regido por leyes propias y cuya potencia subterránea puede en ciertas circunstancias absorber el yo y hacerlo naufragar en sus aguas procesosas.

Tampoco a los literatos se les ha escapado este tema. Goethe describe magistralmente la caída de Fausto y Wilde la de Dorian Gray.

Muchos seres, al día de hoy, se dan cuenta de que pueden ganar o perder su condición de hombres; que pueden lograr la plenitud de humanidad o caer a un nivel de subhumanidad.

El hombre lleva en sí mismo las fuerzas instintivas del mundo animal y los gérmenes de aspiraciones divinas: la alternativa existencial se plantea muchas veces entre ser absorbido por las primeras o ser exaltado por las segundas.

A pesar del desarrollo de la mente racional, buena parte de la espiritualidad del hombre permanece aún dormida, y tiene razón Frankl cuando habla de un inconciente espiritual como de una potencia que duerme en el fondo del alma. El despertar a la vida espiritual no significa dejar de ser hombre para transformarse en puro espíritu, idea pura o ángel sino para dar testimonio de la luz espiritual en la vida junto a los demás hombres.

Así como en el hombre actual hay un predominio de los aspectos instintivo-rationales, se presiente que el hombre futuro ha de tener armonía entre los valores humanos y divinos y ha de lograr el pleno derecho a la autonomía del pensamiento y del sentimiento.

Dos tipos humanos se perfilan en la humanidad de nuestro tiempo y se puede hablar de hombres nuevos y hombres viejos.

Sería tema de gran interés para una tipología humana del futuro un estudio sobre las características de estos dos tipos que aquí solo esbozamos.

Así como se habla del hombre Neandertal y del hombre de Cro-Magnon como tipos superados del pasado, podemos hablar hoy del tipo desintegrado, personalista y centrífugo del presente y del tipo integrado, individualista y centrípeto-centrífugo del futuro.

El primero tiene un pensar en línea recta y su credo es la posesión; el segundo tiene un pensar en línea curva y su credo es la renuncia. El primero pretende constituirse dentro del universo como un poder personal, independiente, mientras que el segundo no vacila en realizar su propio fracaso para que triunfe una forma más uniforme de pensar y sentir en la humanidad. El primero piensa o siente en forma antagónica; en el segundo hay un pensar-sentir que se integra en una acción consecuente.

Mientras el primer tipo se funde en una masa anónima más o menos oscurecida, el segundo está tratando de conquistar la armonía entre los aspectos racionales y superracionales de su naturaleza.

Al día de hoy el verdadero hombre es un ser que tiene conciencia no solamente de su mundo instintivo y racional sino también de su mundo trascendente: la verdadera condición humana está dada por esa conjunción de lo natural con lo sobrenatural y esto supone un despertar, ¡cuántos seres se encuentran en un estado de subhumanidad!

¿Cuántos seres tienen al día de hoy mente propia? ¿Cuántos hombres piensan por sí mismos? En cambio hay una multitud de seres que no hacen más que repetir en forma de eco lo que otros han pensado.

Ahora bien, ¿un hombre sin mente propia puede llamarse verdaderamente hombre? La condición humana supone tener una mente propia, es decir una mente capaz de captar la verdad por sí misma.

Pero no solamente la mente está deshumanizada en buena parte del mundo actual sino también el corazón. Muchos hombres solo saben amar en una forma posesiva, apropiándose de lo que aman.

En el orden de las relaciones interpersonales cuando un ser quiere apoderarse de otro y utilizarlo como cosa, decimos que esa relación se ha deshumanizado.

Lo mismo ocurre en relación con el sexo: si el instinto solo se dirige a un objeto humano para poseerlo y luego es desechado, se trata de un sexo deshumanizado mientras que la sexualidad propiamente humana no degrada a la persona amada y no la reduce a la condición de cosa.

Aún en el orden de los ideales, de los “principios”, si les damos a ellos la totalidad de nuestra vida hacemos idolatría y caemos en mayor o menor grado en un plano de deshumanización.

¿Dónde está aquí la degradación? En la entrega al objeto de la parte más esencial del sujeto.

El precepto bíblico “No tendrás dioses extraños delante de mí” tiene una mayor profundidad de la que habitualmente se le concede y supone que hay en el hombre una intimidad que solo a Dios pertenece.

Cuando damos esa parte más noble a los demás seres, a las ideas, a la política, lo que estamos haciendo es una entrega de nosotros mismos, perdemos nuestra alma, o mejor dicho, perdemos nuestra condición de hombres.

Ser-hombre no significa solamente mantener una relación con el mundo exterior sino mantener también una relación con el espíritu que vive en nosotros y para ello es necesario una reserva de vida interior. La exclusiva vida exterior desangra al individuo, lo aniquila y destruye en su parte más esencial; la entrega de la mente y del corazón a la sociedad humana, a las ideas, a las creencias, deshumaniza al hombre y lo priva de una relación anímica con la divinidad oculta en su propio ser y de la conquista de un valor espiritual que es lo único que puede redimir a la naturaleza y darle la plenitud de humanidad.

QUINTA CONFERENCIA

25 de julio, 1958

DESORIENTACIÓN VITAL

Ortega y Gasset, en su libro “El tema de nuestro tiempo”, cuya primera edición fue publicada en el año 1923, al señalar las características fundamentales de la época en que vivimos, dice textualmente lo siguiente:

“Poco a poco se va extendiendo por áreas cada vez más amplias de la sociedad europea un extraño fenómeno que pudiera llamarse “desorientación vital”. El hombre de Occidente padece una radical desorientación, porque no sabe hacia que estrellas vivir”.

En los últimos 35 años este fenómeno que Ortega y Gasset señalaba como extraño se ha ido acentuando en forma alarmante y extendiendo a las diversas capas de la sociedad moderna, de manera tal que hoy en día constituye uno de los problemas íntimos fundamentales que angustian a los hombres de nuestro tiempo.

Por otra parte, el espectáculo que hoy ofrece la cultura contemporánea en la cual cifrábamos tantas esperanzas, es realmente desolador: estamos asistiendo al naufragio de una vieja cultura y aún no se advierte con claridad el horizonte de la nueva. En todos los órdenes se advierte la decadencia y la confusión entre las ideas más opuestas.

En el campo religioso hay decadencia y materialización de las instituciones tradicionales y, al mismo tiempo, nuevas doctrinas y profetas que anuncian nuevos

mensajes revelados.

En el campo político las ideas se agitan entre las derechas o izquierdas: pero sobre todo el divisionismo entre los partidos tradicionalmente más unidos y una cierta convicción de que la política que hemos conocido es impotente para resolver los grandes problemas de la vida social humana. Ortega y Gasset se anticipó en muchos años a lo que hoy en día piensa y admite mucha gente acerca de los políticos:

“Prefieren servir sin fe bajo unas banderas desteñidas a cumplir el penoso esfuerzo de revisar los principios recibidos poniéndolos a punto con su íntimo sentir. Lo mismo da que sean reaccionarios o liberales: en ambos casos son rezagados. El destino de nuestra generación no es ser liberal o reaccionaria, sino precisamente desinteresarse de este antiguo problema”.

En el campo económico las doctrinas se debaten entre el capitalismo y el comunismo, el liberalismo y el proteccionismo y tantos otros “ismos” que pretenden resolver el problema económico del hombre con ecuaciones numéricas y fórmulas parciales, desconociendo las necesidades totales, materiales y espirituales del hombre. Cuando se busca lo que se llama “soluciones económicas” se atiende solamente al pan material pero se desconoce el valor realizador que el trabajo y la economía tienen para el hombre.

En el campo social las ideas oscilan entre individualismo y colectivismo resultando ambas insuficientes para dar respuesta a la problemática integral del hombre y dejando siempre el campo abierto a nuevas “utopías sociales”.

En el campo científico las esperanzas de Augusto Comte y los racionalistas

de reemplazar las viejas fórmulas religiosas por concepciones de la vida científicamente fundadas, no han tenido éxito.

Cuando la ciencia pretende erigirse en rectora de la conducta revela su insuficiencia pues no puede dar respuesta a los problemas últimos.

Los intentos de reemplazar la vieja moral dogmática por la ética racional sin dogmas, o la concepción religiosa de la vida por una ciencia psicológica de la conducta humana, tienen valor heurístico pero llevan finalmente a la desorientación pues cada uno tiende a orientar su vida de acuerdo a sus propias tendencias. Aún un psicólogo como Freud que conocía tan a fondo la naturaleza humana se detiene cuando se trata de dar orientaciones frente a la vida y dice:

“Carezco de valor para levantarme como profeta ante mis semejantes porque no sé aportarles consuelo alguno; ese consuelo que exigen todos, desde el revolucionario más salvaje hasta el más bravo creyente”.

¿Y qué diremos de la filosofía? Si la ciencia trata solamente de las causas inmediatas, podríamos pensar que la filosofía, cuyo objeto formal son las primeras causas, podría dar esa respuesta que reclama la problemática vital del hombre. Pero, aquí también las doctrinas oscilan entre esencialismo y existencialismo, entre idealismo y realismo, etc.

La intuición de los filósofos actuales, al tomar más contacto con la vida, ha llegado a concepciones magníficas, pero siempre parciales, pues no hay filosofía que pueda constituirse de por sí como una ciencia de salvación.

¿Cómo orientarse entre todos estos valores contradictorios de la cultura actual? ¿Cuál es el valor más bajo? ¿Dónde está el Norte y dónde el Sur en la brújula de

nuestra apreciación de los valores de la vida?

En primer lugar debemos darnos cuenta de que estamos viviendo una época de grandes transformaciones y que lo único que se advierte, aparentemente, es un soplo de destrucción.

Al referirse a la situación actual Tolstoy dice lo siguiente: “Sentí que había roto aquello en que me había apoyado y que tenía bajo los pies. Ya no existía aquello sobre lo que había vivido y no me quedaba ya nada sobre qué vivir”.⁴

En medio de esta gran crisis transformativa de la sociedad humana hay seres que se pierden y otros que pueden formar la humanidad del futuro. Los menos dotados sufren una serie de desequilibrios pero para los más fuertes, espiritualmente hablando, la crisis de la actual cultura ofrece la excelente oportunidad de dar un salto y ubicarse en la filas de los hombres del mañana. No es extraño que Simone Weil dijera: “No podrías haber nacido en mejor época que ésta, en que todo se ha perdido”.

Veamos algunos de estos aspectos positivos de la devastación cultural.

En el campo religioso, el ateísmo solo barre con los falsos valores religiosos pero deja intacta la moral íntima.

El materialismo de las costumbres destruye los moldes de una ética artificial, basada en el temor y la represión, para dar paso a formas más espontáneas de vivir.

La crisis política revela a muchos seres que los paraísos utópicos prometidos por los sociólogos no vienen como gracia sino que hay que conquistarlos con el esfuerzo consciente de todos.

La crisis económica revela la insuficiencia de doctrinas parciales y entrevé una economía de participación libremente elegida.

Por último, la crisis de la razón, al descubrir sus límites, predispone a muchos

⁴ Ayhmer Maud . “Vida de Tostoy”

hombres a dar el salto de lo racional a lo supranacional.

SEXTA CONFERENCIA

8 de Agosto, 1958

CAÍDA Y REDENCIÓN

Al llegar al término de este Curso, haremos un breve resumen de los conceptos expuestos en las conferencias anteriores.

En la primera conferencia acerca de la angustia existencial, destacamos la condición del hombre actual como un ser-angustiado, que clama por una “idea única” en medio de la multiplicidad de las ideas, y que clama más por verdades de salvación que por verdades de conocimiento.

En la segunda conferencia tratamos el problema de la soledad del hombre en la comunidad social y decíamos que el sentimiento de sentirse solo no puede colmarse a través de ninguna organización colectiva sino por una mística, es decir, por un amor superior que le permita al hombre establecer una comunidad esencial con los demás.

En la tercera conferencia abordamos la problemática sexual y destacamos, junto a las funciones reproductiva y placentera del sexo una tercera función evolutiva en que la energía sexual podía ponerse al servicio del desarrollo conciente del hombre.

Luego tratamos el tema de “la caída” y señalamos la alternativa existencial crítica de ganar o perder la propia condición de hombre y caer en este último caso en un plano de subhumanidad.

En la quinta conferencia abordamos el tema de la desorientación vital que afecta a muchísimos seres en la sociedad contemporánea y dijimos que la cultura actual, que atraviesa una crisis de deshumanización, no está en condiciones de ofrecer al hombre un norte hacia donde dirigir sus esfuerzos.

Una vez examinadas todas estas cuestiones, nos hacemos en esta última conferencia las siguientes preguntas: ¿puede este ser angustiado, desintegrado, desorientado y caído, encontrar ese hilo de Ariadna que le permita salir del laberinto de la multiplicidad de ideas en que se encuentra? ¿Puede el hombre que se halla separado del cuerpo de la humanidad encontrar la palabra perdida que le permita lograr una verdadera comunicación con los demás hombre?; ¿y en medio de la tormenta que arrasa con los valores culturales actuales, puede salvarse y encontrar ese nuevo punto de estabilidad o esa nueva brújula por medio de la cual pueda reconstruir una nueva idea? En una palabra: ¿puede el hombre actual reencontrarse consigo mismo?

Hay dos categorías de respuesta a este interrogante que podemos calificar de: respuestas inmanentistas y respuestas trascendentalistas.

Respuestas inmanentistas (humanismo)

En ellas la liberación se obtiene por el esfuerzo del hombre valiéndose de sus propios medios.

Veamos algunos de estos medio que se postulan como liberadores:

1. La liberación por la cultura, por el progreso constante del hombre. Bien sabemos que el progreso ha procurado algunos medios de felicidad pero no puede liberar al hombre de su propia esclavitud. En estos últimos tiempos la idea de progreso ha perdido prestigio y no tiene el valor mágico que se le daba en el siglo pasado. Dice Gurdjieff al respecto:

“Los problemas que se plantean a la inteligencia contemporánea en los múltiples dominios en que se ejerce, trátase de sociología o física nuclear, no son problemas de progreso; hace ya unos años que la idea de

progreso ha muerto en Occidente: son los problemas de cambio radical de estado, de transmutación”.

2. La liberación por autoconocimiento. La luz natural de la inteligencia, en lugar de dirigirse hacia fuera para conocer el mundo exterior se dirige hacia adentro. Pero no deja por ello de ser luz natural y de tener, por lo tanto, alcances limitados.

3. La liberación por el psicoanálisis u otras técnicas similares. Puede procurar liberación de la energía retenida en el subconciencia pero está muy lejos de ser un medio para la liberación integral del hombre y del conocimiento real de sí mismo.

4. La liberación a través de la angustia (tesis existencial). Es una concepción magnífica, pero solamente descriptiva de lo que ocurre; es decir, se trata de una comprensión racional de un proceso en cuyo determinismo intervienen factores imposibles de reducir a términos de razón.

Supone el salto de una esfera de existencia a otra a través de ciertas condiciones que predisponen a dicho salto (el cual puede producirse o no). Tales condiciones producidas en una esfera inferior: náusea, fracaso o ironía, determinan una resonancia en la esfera correlativa superior de tal manera que “un nuevo rayo de lo alto” hace impacto en la esfera inferior suministrando la energía necesaria para el salto.

Esta es una concepción muy interesante, un intento de racionalización sistemática, pero hay que cuidarse de no caer en la ilusión de un mecanismo que funciona automáticamente. Verneaux, en sus lecciones de existencialismo, dice al respecto:

“Apoyarse en la quietud y angustia para elevarse hasta Dios, es un “método de inmanencia” y tiene como precursores a San Agustín, Pascal, Blodell... pero ¿basta?: supone hombres de buena voluntad y que buscan realmente”.

Lo común es que el hombre angustiado se detenga en su angustia que, de por sí, carece de fuerza redentora; o se detenga en la náusea o en el deber...

En resumen, las respuestas inmanentistas tropiezan con muchas dificultades para la explicación de una liberación del hombre por sus propios medios, aunque racionalmente gozan del favor de mucha gente, sobre todo de los ateístas intelectuales. Parece muy lógico el siguiente razonamiento: “si el hombre ha caído por una voluntad débil (pecado), puede levantarse por la aplicación de esa misma voluntad al bien” (esto supone, desde el punto de vista teológico, la eliminación de la Redención Crística). Simone Weil, refiriéndose a esta tesis dice: “Intentar esta liberación con mi propia energía, sería como una vaca que tira de su manea y cae de rodilla”.

Respuestas trascendentalistas

Las autotrascendencias. Reconocen la existencia de una divinidad trascendente, pero suponen que todo hombre, de por sí, y sin necesidad de Iglesia o Maestro alguno, puede llegar a ponerse en contacto con esa fuente divina trascendente. Es el caso de Huxley y la mescalina y, en general, del tecnicismo espiritualista que por el dominio de una técnica secreta se logra el despertar o la iluminación. La técnica, por perfecta que sea, no es suficiente, como medio de por sí, para lograr la liberación y a este propósito cabe recordar el proverbio chino: “Si los medios correctos son empleados por el hombre incorrecto, los medios correctos actúan incorrectamente”.

Respuestas basadas en el esfuerzo humano y la condescendencia divina

El misterio de la Redención. Todas las respuestas basadas en un esfuerzo exclusivamente humano (doctrinas de inmanencia y de autotranscendencia), como derecho exclusivo del hombre a tener un contacto directo con Dios, se muestran insuficientes para el logro de lo divino y a lo sumo predisponen a un misterio mayor. Aunque todas las condiciones se reúnan por parte del hombre, éste, por sí solo, no puede determinar su unión con Dios. El mismo Krishnamurti, paladín moderno de la autorrealización, al final de sus pláticas siempre dice: “si hicierais todo esto, entonces, puede que realicéis Aquello”, dejando siempre un quantum o una X a lo que teológicamente se llama **Redención**.

Tanto en Cristo como en Buda, aun aceptando el valor del esfuerzo humano, siempre se deja intacta la Gracia divina que se derrama en el discípulo en el momento oportuno y produce la real transformación de los valores humanos en divinos.